

# 16ª Sesión de próroga del 23 de Octubre de 1888

## Presidencia del doctor Tagle

SUMARIO:—Continúa la discusión pendiente sobre el dictámen de la comisión de legislación en el proyecto de ley, en revisión, estableciendo el matrimonio civil.

### PRESENTES

Presidente  
Alba Carreras  
Arias (J. I.)  
Augier  
Balestra  
Barrasa  
Basualdo  
Berdia  
Bruchmann  
Bustillo  
Cabeza  
Cáceres  
Campillo  
Carballido  
Carbonell  
Castro  
Civit  
Colombres  
Calderon  
Dominguez (C.)  
Escalante  
Espinosa  
Estrada  
Figuerola (F. J.)  
Figuerola (M.-A.)  
Garcia  
Gimenez  
Gonzalez  
Fernandez  
Huidobro  
Lopez  
Lubary  
Mallea  
Meyer  
Molina  
Morán  
Olmedo

En Buenos Aires, á 23  
de octubre de 1888, reuni-  
dos en su sala de sesiones  
los señores diputados ins-  
criptos al margen, el señor  
presidente declara abierta  
la sesión, á las 3 y 20 p. m.

### ACTA

—Se lee y aprueba  
sin observacion la de  
la sesión anterior.

### ORDEN DEL DIA

#### MATRIMONIO CIVIL

#### Sr. Presidente

No habiendo asuntos  
entrados, se va á pasar  
á la orden del dia.

Continúa con la pa-  
labra el señor diputa-  
do por Santa-Fé.

#### Sr. Escalante—

Señor presidente: me  
parece, haber demos-  
trado en la sesión an-  
terior que el firme  
punto de partida de  
esta cuestión estaba  
en la consideración de  
los elementos eviden-  
tes é indiscutibles de  
la naturaleza humana,  
y en las leyes morales

Olmos  
Parera  
Pellegrini  
Pino  
Posse  
Ramos Mejia  
Riquelme  
Ruiz  
Sarmiento  
Soler  
Tagle  
Torres (Gmo.)  
Varela Ortiz  
Videla  
Villagra  
Zeballos  
Zorrilla

### AUSENTES

Con licencia

Alcorta  
Avellaneda  
Maciá  
Lagos  
Mendoza  
Ortiz  
Prado  
Rodriguez  
Tejerina

Con aviso

Bermejo  
Borcs  
Dantas  
Lalanne

que, apoyándose sobre  
esta naturaleza, eran  
reveladas por la razón.

Demostré tambien  
que esta base no con-  
trariaba ninguna  
creencia, ni era opuesta  
á ninguna filosofía, y  
que sobre ella, por con-  
siguiente, podia com-  
pletarse el edificio de  
la legislación civil so-  
bre matrimonio, con  
el concurso de todos  
los intereses y el res-  
peto de todos los de-  
rechos.

Si la soberanía es  
el poder del estado  
para declarar el de-  
recho en los casos du-  
dosos, para fijar re-  
glas que auxilien á los  
jueces en estas decla-  
raciones, y para con-  
tener á cada uno dentro  
de la órbita de las deci-  
siones judiciales, así  
pronunciadas, es claro  
que allí donde haya  
relaciones jurídicas,  
donde haya una liber-  
tad que asegurar, ó un  
derecho que procla-  
mar, sea en el indivi-  
duo, ó en la familia ;  
sea en la sociedad, ó  
en cualquiera de las es-  
feras activas en que el

Obligado  
Ocampo  
Fernandez  
Sosa

*Sin aviso*

Arias (F. J.)  
Bosch  
Cano  
Centeno  
Dominguez (J. A.)  
Gallo  
Gonnet  
Goyena  
Lársen del Castaño  
Laurencena  
Luro  
Malbrán  
Mansilla  
Padilla  
Portela

hombre se desenvuelve, en lo económico, moral, religioso o científico, es claro, repito, que allí tiene intervencion genuina y propia la soberanía del estado; y que esta intervencion y soberanía están limitadas por la justicia interpretativa del derecho eterno, anterior á toda legislación y á toda constitucion escrita.

Ahora, presupuestas estas bases, encuentro que con ellas están un todo conforme nuestra constitucion nacional, porque esta, en efecto, no es un código de creencias ni un sistema filosófico: como todos las constituciones, es un código de derecho; una fórmula política destinada á dar la norma del ejercicio del poder que el gobierno tiene para llenar la alta mision del estado, aquella mision de seguridad que he analizado.

Y bien: si la carta de un país representativo, como el nuestro, se proclama y se sanciona para llenar los altos fines del estado, es claro que ella, al empezar, tiene que reconocer estos principios fundamentales de filosofía política, y declarar en una forma ó en otra, que los derechos y libertades que va á asegurar, son derechos y libertades eternos, anteriores á toda ley, y que tienen su origen, su fundamento y la explicacion de su carácter absoluto, en la existencia de un ser infinito.

Por eso es de una alta filosofía, y una garantía preciosa y trascendental para los intereses de la libertad, la invocacion de Dios, con que nuestra constitucion empieza, designándolo como fuente de toda razon y de toda justicia.

Es indudable que la constitucion, cuando nombra á Dios, no trata de una idea abstracta, que no podria servir de simbolo ni de explicacion á la eternidad del derecho, sino de un ser viviente con existencia absoluta, capaz, por consiguiente, de explicar el carácter absoluto del derecho, y sin cuya existencia no podria concebirse sino como una emanacion transitoria y versátil de los órganos de la soberanía; órganos ilegítimos en los países constituidos con formas ilegítimas de gobierno. Y aunque en los países representativos sean legítimos, son órganos de una soberanía limitada por la justicia, que, sin la base de la divinidad para que esta justicia se realice, no podria concebirse sino como la espresion caprichosa de la voluntad mudable y arbitraria de las mayorías.

Pero, señor, en el preámbulo mismo encon-

tramos la fórmula que responde á las teorías de derecho político que he tenido el honor de esponer, porque, en efecto, si recordamos los fines para los cuales dicen los constituyentes que dictan la carta fundamental de la nacion, encontraremos que todos ellos, ó que los principales de ellos, son los de seguridad que responden á las funciones privativas del estado.

Cuando la constitucion dice que se ha dado con el objeto de constituir la union nacional, de afianzar la justicia, de consolidar la paz interna, de proveer á la defensa comun y asegurar los beneficios de la libertad para todos los habitantes, está dentro de la teoría que he sentado, porque enumera todos sus grandes fines de seguridad y de garantía para todas las libertades y para todos los derechos.

La única cláusula que puede referirse á fines secundarios, y comprender por consiguiente, algunos medios especiales de accion positiva por parte del estado, es la que habla de «promover el bienestar general».

Aquí es el caso de agregar que si el estado tiene como fin primordial y esencial la accion negativa, diremos así, de no mezclarse en el ejercicio de los derechos sino para asegurar la atmósfera exterior en que deben desenvolverse con libertad, tiene tambien ciertos fines secundarios, de promover el bien positivo de la sociedad; pero que por lo mismo que son secundarios y accidentales, es necesario que el poder de llenarlos sea delegado por espresa voluntad y se interprete restrictivamente.

De donde resulta que las cláusulas constitucionales que se refieren á estos fines secundarios que se introducen en el código fundamental por consideraciones utilitarias, deben ser interpretadas restrictivamente, y no pueden jamás serlo con arreglo á una sana filosofía política, sacrificando el fin primordial y esencial del estado, que es el de asegurar los derechos.

Si, pues, el estado puede, en determinados casos, promover el bienestar general por accion positiva, jamás puede por ella menoscabar su fin esencial ni perjudicar la seguridad de todos los derechos y de todas las libertades, que es el principio superior que da base á toda constitucion política.

Y en efecto, señor presidente, los artículos constitucionales están de acuerdo, no solo en cuanto á las funciones fundamentales del estado, sino en cuanto á sus funciones secundarias, con este principio de interpretacion.

Las cláusulas que se refieren á las creencias religiosas son tambien de dos clases: las unas, que consideran en general las diversas creencias que pueden profesar los habitantes del país; las otras, que versan sobre el culto

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

católico en especial. Y mientras las primeras están en todo conformes con el objeto á que se dirigen, que es el fin superior y sustancial de la sociedad política, las segundas deben interpretarse como concordantes con ese fin y como medios prácticos especiales de promover el bienestar general.

Y estos medios prácticos que nacen de la constitucion peculiar de cada país, y que son, por consiguiente, diferentes en las diversas naciones, deben ser entonces interpretados, no solo con la tradicion histórica, sino con todos los elementos y antecedentes que, entre-cruzándose de diversas maneras, han llegado á constituir la naturaleza típica del país, en el momento en que se dictó su propia carta fundamental.

Desde luego, las relaciones del estado con la religion, como con todos los órdenes de la sociedad, son de mútua independencia, en cuanto á sus propias funciones internas; y son relaciones de garantia, de parte del estado, á ese funcionamiento libre, dentro de la esfera de sus actividades propias y con arreglo á las leyes naturales que las rijen.

El estado no se constituye para profesar una creencia determinada, ni para imponerla á los habitantes, porque el estado no es igual á la sociedad, y no es, por consiguiente, igual á los diversos órdenes que la componen.

La sociedad es la cooperacion de todos los habitantes de una nacion, para todas sus funciones, con todas sus actividades y en todas las esferas de la vida; es el desenvolvimiento de la naturaleza humana, completándose en la familia, y desarrollándose en la vasta estension de las relaciones extra-familiares, para la consecucion de los grandes destinos de perfeccionamiento á que cada órden social está vinculado por su propia ley y por la naturaleza de su accion peculiar; de donde se deduce que ni el estado tiene que intervenir en el órden religioso para trabar en manera alguna su marcha libre, dentro de la esfera de su derecho, ni tiene que intervenir en el órden económico, ni en el científico, ni en ninguno de los otros órdenes de la sociedad.

El estado vela exteriormente con el arma de la justicia para que se respete la esfera libre de cada una de esas actividades, porque esto no solamente es conforme con los principios del derecho racional, sino tambien con las grandes conveniencias de la organizacion de los estados, pues la experiencia ha demostrado que esos órdenes nunca prosperan mas, nunca se purifican mas, ni llenan mejor sus grandes funciones sociales, morales y científicas, que cuando se desenvuelven con absoluta libertad é independencia, dentro de su propia esfera y con su propia fuerza, sin invadir la fuerza y esfera de los demas.

Y bien: las relaciones que mantiene el estado con la sociedad y con estos diversos órdenes, son las que debe mantener tambien con el órden peligroso, con las distintas creencias; y esto es precisamente lo que establece nuestra constitucion cuando, en el artículo 14, proclama la libertad de cultos, y cuando, en el art. 20, la proclama de nuevo como si la necesitara afirmar respecto de los extranjeros, que llama en su preámbulo á participar de los beneficios de la libertad de nuestro territorio.

Por otra parte, en el artículo 19 está proclamada la libertad de conciencia, la libertad bien entendida, es decir, la de proceder dentro de la órbita del derecho propio con arreglo á la propia creencia y á la propia inteligencia.

Y á esta libertad de conciencia no la entiendo yo como la de pensar ó afirmar lo que se quiera, sino como la de pensar lo que se entiende con honradez intelectual y practicar con la conducta aquella regla que fija la razon propia de cada uno, sea que á esta razon se incorporen verdades dogmáticas de fé, segun un rito positivo, sea que ella se guie solo por las leyes naturales que ha puesto el creador en la inteligencia de todos los hombres.

Por eso es que el artículo 19 dice: «Las acciones privadas de los hombres que de ninguna manera ofendan al órden y á la moral pública ni perjudiquen á un tercero están solo reservadas á Dios y exentas de la autoridad de los magistrados.»

Nada se puede dar mas terminante; nada se puede establecer mas elocuente en favor de la libertad de conciencia bien entendida, no solo de los habitantes de la República como individuos, sino de los mismos como una congregacion filosófica ó religiosa.

Pero vienen despues las disposiciones secundarias de la constitucion, el artículo 20, que establece que la nacion sostiene el culto católico, apostólico, romano, y el artículo 76 que exige como calidad para ser presidente de la República, el pertenecer á la comunión católica, apostólica, romana.

Se completan estas disposiciones, que llamo de carácter secundario, en cuanto á las funciones del Estado, con los incisos 8 y 9 del artículo 86 que dicen, respecto de las atribuciones del poder ejecutivo: «Ejerce los derechos del patronato nacional en la presentacion de obispos de la iglesia catedral á propuesta en terna del senado.» «Concede el pase ó retiene los decretos de los concilios, las bulas, breves ó rescriptos del sumo pontífice de Roma, con acuerdo de la corte suprema, requiriéndose una ley cuando contengan disposiciones generales y permanentes».

El artículo 67, inciso 15, encarga al con-

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

greso conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversión de ellos al catolicismo.

Los incisos 19 y 20 le confieren la atribución de aprobar ó desechar los tratados concluidos con las diversas naciones y los concordatos con la silla apostólica, y la de «reglamentar el ejercicio del patronato en toda la nación, y admitir en el territorio de la misma otras órdenes religiosas además de las existentes.»

Tales son las disposiciones constitucionales que, en mi entender, obedecen, no al fin sustancial del Estado, sino á ese fin secundario, de política práctica, diré así, que le corresponde segun la constitucion especial y la delegacion expresa del soberano de cada país.

¿Cómo, pues, interpretaremos estas disposiciones constitucionales?

Evidentemente, no pueden ellas jamás ser interpretadas como derogativas y opuestas, en manera alguna, á aquellos principios fundamentales de las relaciones del Estado con los distintos órdenes de la sociedad, en virtud de los cuales el gobierno no debe inmiscuirse en su funcionamiento interno, sino que debe garantizarles la esfera de su derecho en sus relaciones con los demás órdenes sociales.

Por esto es que seria absurdo invocar estas disposiciones constitucionales como bases para menoscabar en lo mas mínimo el derecho de aquellos que, por no pertenecer á la comunión católica, apostólica, romana no se han cobijado bajo la égida de su legislación ó de su disciplina, ó que no creen en sus dogmas.

De aquí se sigue que estas cláusulas pueden interpretarse, cuando mas, como el reconocimiento de un estado de creencias en el país, en el momento en que se constituía, y como el deseo, por razones de alta trascendencia política, de los constituyentes, de que no se menoscabara ni se atacara en lo mas mínimo la religion de la mayoría de los habitantes de la República, sino que, en lo compatible con los principios de libertad para todas las creencias, fuera, hasta cierto punto, preferido este culto católico con el sostenimiento, y por las demás prescripciones constitucionales que á ellos se refieren.

Porque el carácter de católico que se exige al presidente de la República evidentemente no tiene otra razon de ser que la de hacer posible y probable el cumplimiento de la disposicion constitucional del artículo 2º, que manda sostener el culto católico.

Ahora, señor, establecida esta teoria y probado que en los términos de los artículos constitucionales no hay nada que á ella

se oponga, voy á entrar tambien á demostrar que en los diversos terrenos de interpretacion en que se han colocado los elocuentes oradores que me han precedido en el uso de la palabra, sea en el de la interpretacion histórica, sea en el de la subjetiva ó auténtica, no hay ningun elemento que pueda modificar la inteligencia doctrinaria que se desprende de la letra de la constitucion.

Para ser breve, me referiré á los rasgos mas salientes de nuestra historia.

Durante la colonia, la religion que dominaba esclusivamente el espíritu de los españoles y sus descendientes, era la católica.

Los infieles eran sometidos á la instruccion de esta religion é incorporados á ella, no solamente por accion de los representantes de la iglesia, sino tambien por la accion de los representantes del poder civil.

Pero de esta compenetracion del estado y de la iglesia, en aquella época de nuestra historia, surgió el derecho de patronato que ejercian los reyes de España, en virtud de ser ellos los que habian promovido el triunfo de la religion católica en el nuevo continente que se acababa de descubrir.

No eran, pues, relaciones de independencia las que mediaban entre el estado y la iglesia; eran relaciones de mútua compenetracion, de mútua influencia.

Y si bien es cierto que la legislación eclesiástica se inmiscuía en la legislación civil, recibiendo por esto la sancion del poder político, tambien lo es que el poder político se introducía en las funciones internas de la religion y que, por consiguiente, no se puede invocar como precedente favorable á la iglesia la confirmacion, por parte de ese poder, de su legislación externa, si al mismo tiempo no se quisiera reconocer las atribuciones que, como causa de esto, tiene el poder político en las funciones de la iglesia.

De manera que no se puede admitir un doble criterio de interpretacion constitucional de estas relaciones: ó se acepta como perfectamente legitimo el derecho de patronato, para sostener como consecuencia que la legislación eclesiástica ha recibido, por un convenio tradicional, digamos así, ó de costumbre, la sancion política, ó, si se niega el derecho de patronato nacido de aquella compenetracion de estos dos órdenes sociales, es preciso negar tambien el derecho, por parte de la iglesia, de exigir respecto de sus cánones ó de sus resoluciones de orden disciplinario, la sancion exterior del estado.

Vino la revolucion; siguió la Independencia; y despues de ellas, como los estados no habian tenido tiempo de reconstituir toda su legislación con arreglo á los nuevos principios proclamados, que exijian modificaciones en toda la organizacion de la sociedad, tuvie-

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

ron que tomar como su tradición jurídica, consuetudinaria y escrita, y mientras esta no fuera modificada, la legislación española, que regia en todos los estados sud-americanos.

Pero los principios eran diversos y nuevo el soplo que animaba á aquella nueva sociedad, que surgía de las entrañas de la colonia dando la espalda á la tradición antigua y al espíritu medieval que simbolizaban sus leyes, para mirar de frente á los grandes ideales del gobierno representativo y al desenvolvimiento de la moderna civilización.

Así, desde los primeros albores de la revolución y de la independencia, tenemos antecedentes, decretos, votos sociales y votos legislativos que señalan la necesidad de la reforma de la legislación en estos ramos, tendiendo á esos nuevos fines, á esos nuevos ideales que la sociedad aspiraba á realizar.

Hay un decreto muy singular, del año 14, en que la asamblea legislativa recomendaba á los obispos, á los representantes de la iglesia católica, que tuvieran en cuenta, para las dispensas de los impedimentos matrimoniales, que este país necesitaba población.

La nación argentina, en su estado colonial, no divisaba sus grandes fines porque sus relaciones con la madre patria estaban gobernadas por la esclusión de los estrangeros conforme á disposiciones legales que les impedían la entrada al país y les perseguían de todos modos, especialmente á eran disidentes del catolicismo.

Lo que tuvo en cuenta aquella legislación en lo económico, fué el interés del monopolio esclusivo de la riqueza de este país ejercido por la España, y la prohibición de todo comercio directo con otro nación.

Mas, una vez que el país se independizó, que rompió las ligaduras que lo sujetaban al coloniage, entonces, si bien débil en su organismo, porque no habia tenido medios de desenvolverse, porque la legislación habia trabado todos los conatos de su actividad hacia la vida nueva, pero iluminado con la inteligencia que le dió la libertad y la independencia política, ya columbró los grandes fines á que le destinaban su posición geográfica é hizo brotar los gérmenes de evolución que estaban en sus entrañas y que, desarrollándose en el tiempo y en el espacio, nos han traído el estado actual que podemos discutir estos derechos sin depender de los reyes, sin temer tampoco ninguna de las invaciones de los poderes que en otros tiempos conmovían el orden público. (*Aplausos*).

Por eso es, señor, que desde esos primeros momentos nuestra legislación civil sucesivamente se ha ido preocupando de la reforma por tentativa mas ó menos trunca é inconexas, pero que revelan, sin embargo, la silueta de una línea que marca la aspiración

y la tendencia cada vez mayor á la independencia del orden religioso.

Son conocidas las diversas disposiciones desde entonces dictadas respecto á las tramitaciones de los procesos de soltura y sobre matrimonios entre católicos y disidentes, todas tendentes á facilitarlos y á disminuir en lo posible las trabas establecidas por la legislación eclesiástica, teniendo en cuenta los grandes intereses de población del país.

No es, entonces, nuevo este elemento en el espíritu de las leyes civiles que se dictan.

No es cierto que recién nos estamos preocupando de amoldar nuestra legislación á los intereses trascendentales de la población de este país.

No, señor!

Esta tendencia, si bien ahora está mas marcada y manifiesta, es sin embargo la consecuencia histórica de nuestros antecedentes legislativos.

Me basta mencionar la época de Rivadavia; me basta pronunciar ese nombre para que se recuerde inmediatamente que él simboliza una época y una tendencia al laicismo del Estado, y á su independencia de la Iglesia, conteniendo su intromisión en la legislación civil.

Pasemos, señor, por la época luctuosa de la tiranía, no porque yo considere que ha sido un paréntesis del todo estéril en la evolución progresiva del país, sino porque no ha dejado rastros de acción positiva.

Los países, como los individuos, en su marcha de progreso, tienen muchas veces que detener su paso para separar los obstáculos del camino y despejarlo á fin de proseguir con una libertad mas segura su perfeccionamiento.

Esto ha sido, para mí, la época de la tiranía. No ha sido estéril: porque ha servido para depurar los elementos geniales de la sociabilidad; porque ha servido para colocar la corona inmarcesible de la gloria sobre la cabeza de los tribunos y los mártires que luchaban por la libertad y se sacrificaban en aras de la patria.

Si, señor presidente: la nación argentina brillaba en la prensa y en los campos de batalla, y retemplado el carácter de sus hijos que combatían para reconquistar su libertad, una vez libertada, pusieron en movimiento sus fuerzas acrisoladas por la lucha, para emprender las grandes conquistas de la civilización. (*Aplausos*).

Nada extraño, entonces, que durante esa época no hubiera disposiciones legislativas completas para asegurar las relaciones jus-

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

tas entre el Estado y la Iglesia; pero inmediatamente que fué derrocada la tiranía vino la época de la constitución del 53.

Esa constitución ha tenido su doble interpretación auténtica en los discursos de los señores diputados por la capital y por la provincia de Buenos Aires.

¿Qué nos revelaban esas interpretaciones?

De una parte, que si bien el espíritu individual de la mayoría en los constituyentes era un espíritu católico, él no fué sin embargo el que presidió de una manera decisiva y exclusiva á sus deliberaciones y sanciones con respecto á la religion. Porque si, en efecto, eran católicos fervorosos, como parece haberse demostrado, la solución constitucional que dieron á las relaciones del Estado con las diversas creencias no fué armónica con las opiniones de los partidos extremos que dentro de la misma Iglesia católica querían exagerar la función que ella está llamada á desempeñar en el seno de la sociedad.

Doble mérito entonces para esos varones ilustres que supieron prescindir de las exageraciones de su fé y de su pasión fervorosa y creyente, para consignar los principios fundamentales de los derechos políticos en las relaciones de estado con las diversas creencias y asegurar aquellos intereses de bienestar que estaban encargados de promover, no solo para nosotros los católicos, sino para todos los habitantes de la tierra que vinieran á participar en comunión sublime de las ventajas que ofrece la riqueza pródiga de nuestro vasto territorio. (*Aplausos*).

Ahora, la interpretación auténtica, la que nace de las discusiones que precedieron á la sanción de los diversos artículos constitucionales que se tocan con la religion, me parece que ha demostrado hasta la evidencia que el propósito de los constituyentes no fué establecer una religion del estado; ni subordinar, en lo mas mínimo, la libertad de todas las creencias y la seguridad de los derechos de todos los órdenes sociales, á su pensamiento en materia religiosa y filosófica. Por el contrario, las cláusulas extremas que pudieran importar ese significado y que lo tenían en el derecho público nacional y extranjero, fueron rechazadas.

Por consiguiente, si esas fórmulas en la ciencia constitucional é histórica tienen un significado, quiere decir que su rechazo ó su cambio importa el rechazo ó el cambio de ese significado.

Basta á la religion la libertad para desenvolverse y para aumentar sus prosélitos, dijo un ilustre sacerdote en el seno del congreso constituyente, y estas palabras fueron las que determinaron el rechazo de la fórmula

extrema del presbítero Zenteno y la aceptación de la vigente sostenida también por el distinguido presbítero Perez.

Luego, pues, esas palabras de aquel ilustrado argentino son el verdadero espíritu, la verdadera interpretación auténtica de aquel artículo constitucional. Y ellas están revelando que la nación, lo que se propuso al constituirse, fué simplemente sostener el culto católico en virtud de razones de tradición, por ser el culto de la mayoría, y por otras razones de orden político-práctico que llegará el caso de examinar.

Porque, en efecto, los constituyentes, por mas espíritu laico y estrictamente jurídico que hubieran tenido, y por mas que á ese espíritu en general hayan respondido las cláusulas de la carta que dictaron, no podían prescindir del hecho tradicional de ser el catolicismo la religion del estado y de la sociedad y de estar compenetrados los dos órdenes, político y religioso.

Y si de esas relaciones entré la iglesia y el estado habia dimanado que este se habia apoderado de muchos bienes de aquella, resultaba, entonces, como una consecuencia de justicia, la del sostenimiento del culto católico.

Nuestra constitución, en su espíritu, debe pues ser interpretada, cuando se trate de una cuestión cualquiera que se roce con el culto católico, no solo para asegurar simplemente su libertad, sino también para protegerlo positivamente, siempre que no se menoscabe la libertad de lo demás cultos ni de lo demás órdenes sociales, conforme al fin principal del estado.

Pero estos principios constitucionales conformes con el derecho racional, ¿en qué relacion se encuentran con la idea sustancial del proyecto que se discute?

Si los principios del derecho racional, lejos de contrariar, favorecen á esa idea sustancial; ¿la constitución, al traducirlos, la rechazaria? Habria sido una manifiesta inconsecuencia.

Y si como resultado de la interpretación constitucional hemos llegado á la fórmula que acabo de enunciar, es preciso, para demostrar que la esencia de esta ley repugna á la constitución, probar que repugna á la independencia de la iglesia católica, ó que importa un ataque, el mas mínimo siquiera, á los fueros que le corresponden para desenvolverse en su jurisdicción interna con arreglo á sus propios dogmas y á su propia disciplina.

Y bien. Ya me parece haber demostrado que la institución civil del matrimonio en nada ataca el matrimonio religioso, ni menoscaba en lo mas mínimo el carácter de sacramento que él debe tener.

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

Pero es preciso no exagerar las posiciones respectivas de los adversarios y los sostenedores de esta idea, y no vincular á los que la sostienen, á una forma práctica, determinada de desarrollo, porque entonces es fácil hacer argumentos de orden particular que en manera alguna den en el punto sustancial del debate, que es el de la institucion civil del matrimonio.

Yo tomo, entonces, por vía de ejemplo y materia de demostracion, la idea fundamental del proyecto presentado por el poder ejecutivo, que en general me parece preferible al sancionado por el senado.

En virtud de ese proyecto, los que quieren casarse lo hacen ante el cura ó pastor de su religion, y despues de hacerlo, se presentan al encargado de las funciones civiles y declaran que se han casado, para que se constate, á fin de que el matrimonio tenga todos los efectos externos que le corresponde á la ley conferir.

En presencia de esto ¿en donde está el desconocimiento ó el ataque al carácter religioso del matrimonio?

En cuanto al momento mismo de su celebracion, evidentemente no hay ataque de ninguna especie: los católicos se presentan á sus párrocos, y allí, llenando todas las condiciones exigidas por la Iglesia para contraer matrimonio, á los efectos de recibir la gracia del sacramento, la reciben y concluyen su convenio matrimonial.

¿Qué ataque hay á los que así se han casado, en exigirles que se presenten ante el funcionario del Estado encargado de dispensar los beneficios de la ley civil y de la sancion social sobre los hechos capaces de producir relaciones jurídicas? ¿Qué inconveniente hay en que se presenten á manifestar que se han casado? ¿Han cometido algun delito al casarse segun los ritos de su religion? ¿Se trata acaso de una accion vergonzosa que deban ocultar?

Absolutamente, nó. Se trata de la accion mas digna y elevada que pueda realizar un cristiano; se trata de la celebracion de un sacramento ante el ministro de su religion.

Pero se dirá: y si las condiciones llenadas para el matrimonio religioso no son idénticas á las exigencias para los efectos civiles, ¿cómo se arreglará este conflicto?

Digo que, en primer lugar, ese conflicto no existe porque el Estado no entra á averiguar, á revisar el carácter interno del matrimonio religioso que se ha contraído; el Estado no hace sino constatarlo por medio del acta que se labra con la manifestacion de los contrayentes ante los testigos.

Por consiguiente, en el caso en que me he puesto, este conflicto no puede existir.

Se objetará: ¿y los que sin haber celebrado el matrimonio religioso van á contraerlo ante el funcionario civil del Estado? Pues esos ó son católicos, y por el hecho de ir al magistrado, sin recibir antes la institucion sacramental, abjurán hasta cierto punto de sus creencias é incurrén, por consiguiente, en las censuras de la Iglesia, no estando, para ella, casados con arreglo á sus prescripciones, ó no son católicos, y entonces la Iglesia no tiene que preocuparse para nada de los que no pertenecen á su comunidad.

Viene el caso de los disidentes, los cuales, aun cuando se casen entre ellos y no se trate de matrimonios mixtos, están segun las leyes canónicas sometidos á la jurisdiccion de la Iglesia católica. Pero ¿en virtud de qué? En virtud de una disposicion meramente teórica, que no tiene casos concretos en que traducirse; porque si bien la Iglesia sostiene que los disidentes le están subordinados en cuanto á la legislacion del matrimonio y á los impedimentos que existían anteriormente á la época de la disidencia de cada secta, la verdad es que ellos no le reconocen esta supremacia para que les gobierne sus conciencias y les establezca una disciplina eclesiástica extraña á su propia comunidad religiosa.

Y el estado, en presencia de esta situacion de la iglesia y de los disidentes ¿que tiene que hacer? ¿Deberá pronunciarse en favor de la legislacion esclusiva de la iglesia para imponerla á los disidentes contra su conciencia y contra su libertad? De ninguna manera, señor; y esto no puede ser dogmático en el orden religioso, como no puede admitirse sin absurdo en las relaciones políticas con los distintos órdenes de la sociedad! (*Muy bien!*)

Se dice: No desnaturaliceis el matrimonio! No le quiteis el caracter sagrado!

No! nosotros no pretendemos eso. Nosotros no pretendemos privar á los creyentes de los beneficios espirituales que pueden recibir con el sacramento del matrimonio; pero no queremos tampoco privar á los que no tienen creencias, ó á los que pueden verse en la necesidad de ocurrir al poder civil para celebrar su union, de aquella gracia natural de casarse anterior á la misma gracia cristiana, porque viene desde el principio de la humanidad, con independencia de toda creencia, de toda religion, y que asegura á cada uno la libertad y lo ha dotado de una naturaleza tal que lo hace apto para las funciones de la familia y para llenar los grandes fines que dentro de ella tiene que cumplir.

Es cierto, señor, que el cristianismo puso sobre la institucion del matrimonio su carácter sagrado; es cierto que con esto dignificó á la muger, levantándola de la condicion de esclava en que el paganismo la tenia sometida, á la condicion de compañera del

hombre para dulcificar su vida, para sembrar flores en ella y suavizar las asperezas de la lucha por la existencia. Pero si el cristianismo ennobleció á la mujer y la igualó con el hombre proclamando que ambos son dos en una carne y deben ser uno con una y para siempre ¿en donde está la idea fundamental de este proyecto, el principio, el medio con que se ataque esta naturaleza constitucional y religiosa del matrimonio?

¿Acaso, señor, por la legislación civil del matrimonio se deprime á la mujer? ¿Acaso se establece, que no han de ser uno con una para siempre y en una misma carne?

¿Dónde está entonces el ataque á la sustancia del sacramento? ¿Dónde está lo que pueda imposibilitar al párroco á derramar la gracia de sus bendiciones sobre la union de sus creyentes?

No se puede encontrar, pues, en el hecho de que concluido sustancialmente el matrimonio se constate y manifieste ante la legislación civil, ningún elemento que lo contrarie, ningún elemento que lo destruya; que toque ni á la materia ni á la forma ni á la sustancia del sacramento. Es, por el contrario, la constatación civil de su realización; es un medio de hacer que las sanciones del estado, que exclusivamente le pertenecen, acompañen con su garantía á los derechos y obligaciones que nacen de la organización de la familia religiosa; porque ni la religion católica ni ninguna otra puede dar efectos civiles al matrimonio, ni usar la fuerza de que el estado está armado, para compeler á los esposos á que llenen las condiciones necesarias para contraerlo; no puede forzarlos á que cumplan con sus deberes ó ejerciten sus derechos, ni puede tampoco evitar que se desnaturalice la union, ni garantizar esos principios de derecho natural que la constituyen.

Por consiguiente, cuando el estado presta su sancion al sacramento y á los resultados de él, el estado hace obra de propia jurisdicción; y, lejos de contrariar la religion, la pone en mucho mejor condicion que si no legislara nada sobre las relaciones jurídicas del matrimonio.

Y, concíbase, sinó, una sociedad en la cual no esté legislado, y dígaseme cómo se puede hacer efectiva su naturaleza y los derechos que de ella nacen; y cómo se garantizarían los medios y facultades de los esposos para llenar los grandes fines á que están destinados en el hogar y en la vida compleja de las sociedades. Imagínese, pues, un estado de esa clase y entonces se comprenderá la necesidad de la legislación civil sobre el matrimonio, la necesidad de que el estado declare el derecho en los casos dudosos, por la aplicación judicial; fije reglas generales para que ese derecho sea preciso y comprensible para todos, y al mismo tiempo tenga la fuerza y la use,

cuando se necesite, para hacer que esos derechos se respeten, y que la libertad de los esposos esté asegurada para que los fines de la familia se cumplan con amplitud.

Entremos á la consideración especial de los distintos capítulos que pueden constituir la institución civil del matrimonio, en sus relaciones con la legislación eclesiástica; y veamos que si conflictos pudiera haber entre las decisiones de una y otra jurisdicción, ellos pueden ser perfectamente remediados sin perjudicar á la institución.

Pero quede esto constatado desde ya: que cuando se trata de personas que no están sometidas á la disciplina de la religion católica, es indispensable el matrimonio civil, y que basta esta necesidad para justificar la idea fundamental del proyecto que se discute.

El hecho, pues, de colocarme en el terreno del examen de los matrimonios entre católicos, no importaría, aun cuando fueran erróneas mis apreciaciones ó débiles mis argumentos, no importaría, digo, por eso, el rechazo de la idea fundamental de este proyecto, sino que á lo sumo significaría que él debiera limitarse á aquellos casos especiales de matrimonios entre personas que no tienen un sacerdote ante quien celebrarlo.

La religion no admite el divorcio en cuanto al vínculo.

Ni la idea fundamental del proyecto que se discute ni sus consecuencias permiten tampoco ese divorcio.

Pero aun en la hipótesis de que lo permitieran, no siendo forzoso y obligatorio para los esposos, quedarían siempre libres para proceder conforme á sus creencias y respetar la indisolubilidad del vínculo, no obstante las prescripciones de la legislación civil.

Las causas de divorcio de que en este proyecto se trata son las de simple separación personal de los esposos y afecta solo á sus relaciones externas que pertenecen al fuero civil, al fuero del estado.

Así, uno de los senadores mas ilustrados, católico distinguido, al combatir el proyecto que se discutía, presentó en oposición á él otro, en que daba al poder civil jurisdicción para conocer en todas las causas de divorcio, aun cuando se tratara de católicos.

Esto, por otra parte, no puede acarrear ningún inconveniente desde que las causas de divorcio son las mismas en la legislación civil y eclesiástica.

Consideremos ahora los impedimentos.

Tres casos pueden presentarse: O la institución civil del matrimonio establece los mismos impedimentos que la legislación



Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

canónica, y entonces no hay causa de conflicto de ninguna clase sinó el favor de la sancion social para los cánones, ó la legislación civil establece menor ó mayor número de impedimentos que la eclesiástica.

Si la ley civil estableciera mayor número de impedimentos, entonces resultaría que los que sin impedimento religioso lo tuvieran solo civil, podrían contraer matrimonio á los efectos de conciencia; y, en mi opinion, el estado debiera respetar ese vínculo, pero solo como vínculo, teniendo la facultad de negarle los efectos civiles, desde que la tiene para determinar cuáles son las condiciones necesarias para prestar su sancion.

Si el estado establece menos impedimentos que los canónicos, que es el caso del proyecto del P. E., entonces no hay dificultad de ningún género, porque los que tengan una profesion religiosa que admita esos impedimentos no incluidos, no pueden contraer matrimonio religioso, con arreglo á su propia conciencia, aun cuando se puedan casar ante el magistrado civil; y como la ley no obliga á casarse á los que tengan impedimentos religiosos, y no los tengan civiles, resulta que queda perfectamente garantida y respetada la libertad de la persona para contraer matrimonio segun su propia conciencia.

Ahora, en virtud de esta disparidad de impedimentos, puede suceder lo siguiente: un matrimonio puede ser válido ante la ley civil y nulo ante la ley eclesiástica. En tal caso los contrayentes, en virtud de propia conciencia, pueden aceptar la nulidad de este matrimonio, y no debe haber ley que los viole á que vivan dentro él. No podrán ir á reclamar los efectos civiles, consiguientes á la disolucion del matrimonio, ó á su mantenimiento, cuando su disolucion ó mantenimiento sea conforme á la ley religiosa y no á la civil. Perfectamente. Pero la ley civil no por eso los obliga á que torturen su conciencia y á que vivan fuera de las condiciones de su propia religion.

Por otra parte, si tenemos en cuenta el espíritu del proyecto y lo comparamos con la legislación canónica, nos encontramos con que estos conflictos no pueden producirse.

Si el impedimento del orden, por ejemplo, está suprimido, y para mí no debe suprimirse respeto á los católicos—pueden estos hacer ampliar la informacion de soltura para que se constate ante el juez civil ó eclesiástico que no existe ese impedimento.

Pero se dirá: ¿y los que tengan ese impedimento y quieran casarse ante el magistrado, no obstante él?

Yo digo que los que tengan ese impedimento y por conocerlo no estén en el caso de un error sustancial, que invalidaría el acto, esos, por el hecho de ir á casarse ante el ma-

gistrado, demuestran que no pertenecen á la fé católica, y que, aun cuando hayan sido bautizados, no están dentro de la comunión de la iglesia católica.—Si se han casado erróneamente por no conocer la existencia del impedimento, el matrimonio debe ser nulo para la ley civil como lo es para la eclesiástica.

Si no hay conflicto en cuanto á la sustancialidad del matrimonio mismo, y el estado no se inmiscuye en romper un vínculo existente ó imponer uno que no existe, ¿dónde está entonces la dificultad?

¿Estará, acaso, en cuanto á la jurisdiccion?

Pero señor, por los principios que he sentado, me parece que se ha podido deslindar claramente hasta donde debe llegar la jurisdiccion de la iglesia y hasta donde debe llegar la jurisdiccion del estado.

La iglesia tiene poder sobre la conciencia; sus decisiones no obligan sino en el fuero interno; ella no tiene mas medios de compulsion que la censura y la separacion de su seno, para compeler al que no respeta sus dogmas ó su disciplina. Pero la iglesia no puede pretender que el poder civil le ayude para hacerla predominar por la fuerza sobre la conciencia de los no creyentes, ó de los que por cualquier causa piensan que no deben someterse á la disciplina religiosa.

La fuerza del estado no es una fuerza pretoriana ó de mera gendarmeria que deba ser manejada por un criterio extraño, porque si así fuera, si estuviera limitada á esa funcion tan secundaria, el estado estaria organizado en una forma mil veces peor que la teocracia mas enemiga de la libertad. Porque en la teocracia, en que el poder civil está en manos de los sacerdotes, son los mismos los que manejan el poder político y el poder religioso; son, por consiguiente, los mismos los que tienen la fuerza y los que la ejercen conscientemente, en virtud de los principios religiosos y políticos que representan. Mientras que en una situacion divergente, en una situacion análoga á aquella en que se queria colocar antes al estado, no seria mas que la fuerza inconciente y torpe, usada sin criterio, como si la soberania fuera un ejercicio de poder meramente brutal y material y no la inteligente aplicacion de la justicia.

Seria poner la fuerza al servicio de un criterio extraño, de una creencia que, por respetable que sea, no puede convertirse en arma del estado, porque seria convertirla en instrumento para torturar la conciencia de los disidentes y de los no creyentes.—(Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.)

Entonces, pues, el principio verdadero de la jurisdiccion eclesiástica debe ser el de su accion y juicio en los casos de conciencia.

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

De manera que cuando se trate de impedimentos, nadie prohíbe á los miembros de las distintas comunidades religiosas que vayan ante su párroco y que éste, conforme á su ley y á su dogma, les manifieste si hay ó no impedimento para celebrar matrimonio válido ante la conciencia.

A los individuos que acepten la decision del pastor de su creencia, les basta tener la libertad de aceptarla, les basta que el estado no les ponga ningun obstáculo para que se gobiernen en la creacion, el ejercicio y el cese de las relaciones matrimoniales, por las convicciones de su propia razon, por las leyes de su propia fé y las decisiones de sus propios sacerdotes.

Pero si estos son los principios abstractos, tengo ahora que trasladarme al otro terreno en que se colocó el honorable y elocuentísimo colega por la provincia de Buenos Aires que últimamente habló; tengo que colocarme en el terreno de la política práctica y de la evolucion concreta de las instituciones.

Y allí, sin reconocer la fuerza absoluta que atribuía el señor diputado al argumento capital de su exposicion, voy á demostrarle cómo, á mi vez, reconozco ese principio y cómo, en virtud precisamente de esa base de buen criterio de política práctica, podemos hacer concesiones al culto que nuestra constitucion nos ha encargado no solamente respetar, sino tambien, hasta cierto punto, favorecer, sin menoscabar por eso la libertad de los demás.

Señor: la religion debe ser sostenida por el estado; la religion, que es privilegiada, pero sin monopolio y sin menoscabo de la libertad, por la constitucion argentina no debe ser tratada simplemente como una entidad igual á las demás religiones, sino que debe ser considerada y respetada como la noble creencia de la mayoría de los argentinos.

Y me parece, entonces, que en este terreno, que es el terreno constitucional é institucional que nace de las entrañas de la sociedad, si nosotros intentamos una reforma de esta clase, la debemos limitar en lo posible á las necesidades que han surgido de nuestra propia evolucion; y debemos entonces transigir con la situacion actual, para preparar un estado posterior mas adelantado, facilitando la resolucion de los casos de conciencia para los católicos, á la jurisdiccion eclesiástica, que está encargada de resolverlos.

Por eso es que, por mi parte, creo que la base sustancial de esta ley no se opone en manera alguna á los principios fundamentales que he sentado, y que, por el contrario, se concilia con los grandes intereses de nuestra civilizacion nativa el que se confiera á los tribunales eclesiásticos en las causas sobre nulidad de matrimonio, la jurisdiccion voluntaria que quisieran acordarles sus propios

creyentes, sometiéndolas á su arbitraje de derecho.

Me parece que, con esto, se garantiria á los creyentes que las decisiones que se pronuncie sobre el vínculo y la nulidad de los matrimonios estén ajustadas á su fé. Esto les bastaria y la sobraría, porque el poder eclesiástico tendrá así, no solo la jurisdiccion de conciencia que le corresponde, sino tambien la fuerza de la sancion civil en los laudos de derecho que pronuncie ajustados á la legislacion de forma y de fondo que rije esta clase de relaciones.

El señor diputado nos decia: ¿De dónde surge este pensamiento? ¿De dónde surge esta ley? ¿Quiénes la han pedido? ¿Quiénes la han reclamado? ¿Cuáles son los intereses que se la stima por la situacion actual de nuestra legislacion civil? ¿Cuál es el pensamiento trascendente, la razon de utilidad pública que os impulsa á introducir esta institucion exótica, que no viene precedida de los antecedentes necesarios para una reforma fundamental en cualquiera de los ramos de la legislacion?

Pero, señor, los antecedentes propios de nuestra historia están demostrando que el pensamiento fundamental de esta ley no viene completamente suelto y desvinculado de toda tradicion, sin provision y sin prudencia.

Yo reconozco que las leyes no se dictan para improvisar modos de ser de las sociedades, sino que, apoyándose en la naturaleza propia y genial de un pueblo, están destinadas á desenvolver la justicia; pero están destinadas tambien á seguir á las sociedades en la complicacion creciente de las relaciones jurídicas, con su interpretacion y fijacion por medio de los adelantos del derecho positivo.

¿Y acaso, señor, no es un hecho que en la República Argentina no solamente hay católicos y disidentes ó cristianos, sino que hay tambien habitantes que no profesan ningun culto, ninguna religion?

¿Que, acaso, no sabemos que entre los católicos mismos hay muchos que no tienen de tales sino el bañismo y que, sin embargo, no estan conformes ni con los dogmas, ni con las prácticas, ni con los ritos de la legislacion á que aparentan pertenecer?

Indudablemente, si se comprende en la definicion de católicos á todos los que han recibido el bañismo por medio del sacerdote católico, aunque no crean ni en los dogmas, ni en los ritos, ni en la disciplina del catolicismo, podemos decir que no hay sin católicos y disidentes en el seno de nuestra sociedad. Pero si no consideramos como á tales á esos que en realidad no lo son, el número de católicos menor, y resultará que en nuestra sociedad hay gérmenes de independencia de

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

esa religion, á los que si bien no es necesario estimular, es necesario garantir en sus derechos, y sobre todo en el derecho natural de casarse, porque la falta de esta garantia no traerá sino la impiedad, la irreligiosidad, y el concubinato en las relaciones de familia

¿Y es acaso ese estado el que depuraría la institucion del matrimonio?

Las uniones eventuales y la promiscuidad de los sexos que caracterizan las edades primitivas de la humanidad, cuando estaba completamente deprimida y sumergida en el estado salvaje ¿son acaso preferibles á las formas consensuales de la legislacion civil de los contratos, que si no garante el sacramento para los que en él no crean, asegura la naturaleza esencial del matrimonio, para que los esposos puedan llenar los fines de la familia en el hogar y en la vida de la sociedad?

Tal seria la situacion, señor, á que nos conduciría la exclusion de aquellos que no pueden casarse segun los ritos de la Iglesia católica, viéndose así privados de los beneficios de la familia.

Y digo que si es cierto que hay elementos de esta clase en el seno de nuestra sociedad, y que ya los habia de la constitucion del 53, que estableció por eso las libertades de conciencia y de cultos existe por lo mismo una necesidad que nace de la complexion de nuestra propia sociedad, y es la de proporcionar á los no creyentes los medios legales de contraer matrimonio.

Y no se me diga que la legislacion eclesiástica incorporada á nuestro código civil basta para suplir á todos los casos,—porque no es exácto.

Si esa legislacion basta para la fácil y libre celebracion del matrimonio entre católicos, no es en manera alguna suficiente para responder á las necesidades de los que no profesan ninguna religion ó de los que no tienen sacerdote de su culto en la República.

Tampoco facilita la celebracion del matrimonio entre católicos e infieles y entre católicos y disidentes, porque exige por ello procedimientos y formalidades tan lentas y humillantes que son un obstáculo muchas veces insuperable y perjudican los intereses trascendentes de la poblacion de este país, todavía desierto. Es necesario, por lo tanto, que la legislacion civil, se preocupe de salvar esas dificultades é inconvenientes.

Y si, pues, existen estos elementos que reclaman el perfeccionamiento de nuestra legislacion civil, y si, por otra parte, miramos á nuestro porvenir para columbrar cual ha de ser el desarrollo de este país y las ideas y las creencias que han de gobernar sus dis-

tintas clases sociales,—nos encontraremos con que esta institucion es doblemente necesaria, y con que habremos hecho obra de prevision, perfeccionando el molde de nuestra sociabilidad en que se ha de fundir y vaciar la inmigracion que afluye.

Porque así como tenemos bien deslindado geográficamente, por el mar y las montañas, el territorio que ofrecemos á todos los hombres del mundo que por la aplicacion de sus fuerzas físicas quieran aprovechar sus riquezas, así debemos tener bien perfilados y modelados los rasgos de nuestra sociabilidad y de nuestro derecho, para que asimilen fácilmente á los que vengan á incorporarse á ella con sus creencias y sus entendimientos.

Porque no basta tener territorio preparado para la inmigracion, si no tenemos instituciones adecuadas para incorporarla completamente á nuestra vida en todas sus facetas.

La inmigracion es compuesta de hombres conscientes y libres que vienen de tierras civilizadas, y no de meras máquinas de trabajo ó de seres destituidos de creencias.

No, señor, presidente!

La inmigracion, que es una masa humana, constituye pedazos vivientes de sociedades ya formadas y organizadas institucionalmente, que vienen á prender de gajo en nuestro territorio y en nuestra sociabilidad, aprovechando la atmósfera saludable y benéfica de las libres instituciones políticas, civiles, y religiosas, la atmósfera de libertad y de seguridad para todos sus derechos, á fin de desenvolverse ampliamente hasta la consecucion de los grandes destinos que indudablemente alcanzará nuestra patria si los que la impulsan proceden con justicia y con prevision. (Aplausos),

Pero quiero colocarme en otro punto de vista social de gran trascendencia, que con honra de este parlamento y de la literatura argentina, ha traído á este debate mi honorable colega por Buenos Aires, envolviendo su pensamiento en formas tan galanas y bellas, que han hecho de su discurso una especie de filigrana ó tejido de flores entrelazadas con hilos de oro.

El, como su colega coincidente en las mismas ideas, teme que nos encontremos derrepente con ciertos gérmenes de inmoralidad desarrollados en medio de esta sociabilidad. El cree que la depresion del espíritu religioso es uno de los elementos que concurren á esta desmoralizacion, y que si ella se produce apesar del freno de la religion y de la moral cristiana, tendría que progresar en proporciones aterradoras desde que empezáramos á suprimir el ligamento religioso de las conciencias, en las instituciones sociales, en la escuela, en la familia.

Pero nó, señor!

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

Si el fenómeno es cierto, la interpretación es errónea.

Ni la evolución argentina, ni la evolución universal son contrarias al progreso de la religión y la moral, sino que, al revés, lo estimulan por todos los medios.

Ahí están los que más se han preocupado de la materia y profundizado esta cuestión, que han demostrado cómo el desenvolvimiento amplio del industrialismo, lejos de ser contrario a los intereses de la libertad y de la moral, ha sido causa de sus progresos.

Cuando el estado de guerra continúa desaparece, el bienestar económico que se desenvuelve con la paz deja a los hombres los ocios necesarios para cultivar sus sentimientos y levantar su espíritu a contemplar los grandes destinos morales de la humanidad, para amarlos y realizarlos.

Y esta evolución sociológica es coincidente con aquel impulso que el cristianismo dio a la humanidad, por la divulgación de sus grandes principios de igualdad, de amor y de caridad, sobre la base de la independencia del estado y la religión y la sublimación de la familia por el sacramento.

Porque si estudiamos la historia de las constituciones familiares de los diversos pueblos, nos encontraremos en el estado primitivo, con la promiscuidad de los sexos, la poligamia y la poliandria, predominando la fuerza bruta, a la mujer deprimida, convertida en esclava, y a los padres con el poder de vender o de matar a los hijos.

Y está demostrado, siguiendo el progreso del estado de la familia, a través de los tiempos, que a medida que los intereses y las industrias han ido desenvolviéndose, las relaciones familiares se han ennoblecido y la fuerza guerrera ha sido menos necesaria, porque han ido armonizándose los pueblos en el concierto internacional de la sociedad universal.

Echemos una mirada retrospectiva sobre aquellas sociedades semi-salvajes, y comparemos aquel orden social en que era admitida la poliandria o la poligamia o la promiscuidad de los sexos, con el de las sociedades civilizadas, y veremos cuanto diferencia marca el termómetro de la moralidad.

La moralidad se ha desenvuelto a medida que el crecimiento de los intereses, la división del trabajo, la multiplicación y celeridad de las comunicaciones, han estrechado más los vínculos sociales, haciendo más frecuente y suave el contacto entre los individuos, entre las familias y entre las sociedades.

Por eso, señor, podemos entrever que en el porvenir de la evolución de la familia, ni la promiscuidad, ni la poliandria, ni la po-

ligamia mancharán el lecho nupcial; que la mujer irá dignificándose, que la esposa irá elevándose hasta ser igual al marido; que los hijos han de mantener con los padres relaciones cada vez más armónicas y más fecundas, porque los intereses y los sentimientos, en el progreso de la humanidad, se van dulcificando cada vez más y adaptándose los unos a los otros.

No temo los resultados de la evolución, por más que se diga que la noción moral pasa por un eclipse.

Sí, la comparación es justa; porque los astros se eclipsan por un momento, pero rutinan eternamente en la inmensidad de los tiempos y del espacio! (*Aplausos*).

¿No tiene que suceder acaso que en los pueblos jóvenes, como en los individuos, predomine el desenvolvimiento físico con la agitación vigorosa de las pasiones propias de la primera edad?

Eso es precisamente lo que sucede con la joven República Argentina. En un escenario desierto, con un puñado de habitantes, ha tenido que preocuparse primero de su desarrollo físico, de su alimentación, diré así; por esto predominan transitoriamente sus intereses materiales, que prepara el predominio futuro de los intereses morales.

Es cierto que algunas nociones morales están oscurecidas y que ello nos aflige a los que quisiéramos contemplar sin una sola nubecilla el cielo de nuestra patria.

Pero no exageremos; porque se trata solo de un eclipse parcial y transitorio.

¿Se puede decir, acaso, que las relaciones privadas de los individuos, unos con otros, estén relajadas? ¿Se puede afirmar que los vínculos de la vida social estén desechos? ¿Se puede decir que no hay buena fe en los negocios, o que estemos en lucha unos con otros, apelando a la fuerza para contener los avances de un egoísmo que atropelle nuestros derechos?

No! el derecho brilla, armonizando la escena de la vida social; y ese brillo se refleja en la moralidad; porque no hay derecho sin moralidad, como no hay moralidad sin derecho! (*Muy bien, muy bien!*)

Y la evolución universal se traduce en otro fenómeno que extrañaba uno de mis distinguidos colegas: el predominio del laicismo.

Y aquí voy a demostrar que si esta ley tiene la tendencia laica, de dar al estado lo que le corresponde en materia de legislación, es una ley armónica no solo con nuestra evolución nacional, sino con la evolución universal.

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

¿Por qué? Porque el laicismo es la fórmula actual del desarrollo de las relaciones del estado con los demás órdenes de la sociedad; porque la compenetración, la confusión de los distintos órdenes sociales en el mismo poder, la confusión del orden religioso, jurídico, político, económico y militar en la misma mano, es propia de un estado social primitivo, ó semi-civilizado, en que la autoridad patriarcal concentraba en sí todos los poderes para dictar é interpretar el derecho y el dogma, el procedimiento y los ritos, la educación y las ceremonias, invocando una revelación y una investidura de la divinidad.

Pero á medida que los distintos órdenes sociales han ido complicándose en sus diversas relaciones con los adelantos económicos, políticos, intelectuales y aun religiosos; á medida que cada uno de ellos ha ido desenvolviéndose y adquiriendo cuerpo propio, se han ido separando del tronco común, como los acodos, para formar una nueva planta en el orden social; y esta separación ha sido tanto mayor cuanto mas grandes han sido los progresos de la civilización, hasta llegar al estado actual, en que en ningún pueblo civilizado de la tierra está confundido el poder religioso y el poder civil en una sola mano.

Para encontrar hoy esa confusión, es necesario separar la vista del mundo civilizado y considerar los pueblos semi-salvajes ó las sociedades estacionarias del Asia.

La evolución universal, pues, ha traído el predominio del laicismo.

Pero ¿qué quiere decir laicismo? ¿Significa ataque á la religion, desconocimiento de sus privilegios, de sus facultades, de su propaganda para llenar sus grandes fines de moralización en la sociedad?

De ninguna manera!

El laicismo es la independencia de los distintos órdenes sociales: la armonía de los unos con los otros en la libertad y el mútuo respeto, para que no resulten choques que engendren la iniquidad. Porque la historia nos enseña que las luchas entre el orden religioso y el orden político, lejos de ser favorables al fomento de la moralidad, le son contrarias. Separado cada orden, y girando armónicamente en su esfera de acción, los pueblos se entregan tranquilos á la práctica de sus dogmas y es mas fácil el levantamiento de la humanidad hácia los grandes ideales de la civilización.

Y bien, nosotros participamos de esa evolución universal también.

Hemos tenido la iglesia compenetrándose con el estado; y desde los tiempos de la colonia hemos venido luchando por indepen-

dizar cada vez mas á esos dos órdenes disminuyendo las causas de conflicto; hasta llegar á la situación actual, que marcando mayor independencia entre el estado y la iglesia, demuestra palmariamente que en este país se ha verificado también la evolución universal, y que seguirá desenvolviéndose del mismo modo en el futuro.

El mismo código civil, comparado con las antiguas leyes, marca un progreso de esa clase.

Y esto no será contrario á los intereses del país, ni á los intereses de la religion, ni á los de la moralidad; sino que estimulará y favorecerá su prosperidad.

Nunca, señor, brillaron mas la verdad de los dogmas y la fé del cristianismo, que cuando, despojados sus sacerdotes de toda fuerza civil, ó desde las catacumbas de Roma, bajo el poder de los tiranos de ese imperio carcomido, salían con la palabra y con la luz de la civilización cristiana, á iluminar á las gentes y á esparcir sobre el mundo la fecunda doctrina que su divino maestro les habia mandado predicar. (*Applausos*).

¿Cuándo ha sido mas pura la religion cristiana?

¿No ha tenido mayor influencia sobre la moralidad de los pueblos, cuando ha estado destituida de las armas del poder civil?

¿Cuándo se ha extraviado en su prédica alguno de sus ministros, sino cuando la religion ha estado compenetrada con la autoridad civil, dando á ésta ocasion para imponer y hacer predominar sus caprichos sobre los intereses espirituales que la iglesia está llamada á desarrollar?

No; la iglesia, dentro de su esfera, garantida por el estado en su desenvolvimiento, garantida en la libertad de sus creencias y de su disciplina de conciencia, la iglesia, digo, así constituida, brillará cada vez mas, y podrá ser mas eficaz en la obra de moralizar la sociedad.

Si, señor; yo no puedo desconocer la misión sublime y fecunda de una institución de esta clase; ni cometeré el error delirante de los hombres de estado que creen que se puede conducir y moralizar la sociedad en sus evoluciones naturales sin el instrumento civilizador de la religion, que levanta los espíritus hácia las grandes verdades absolutas de la inteligencia é impulsa los corazones á la suprema felicidad, siempre anhelada y que no puede encontrarse en la vida sin la observancia de las leyes de la moral eterna.

Si! la religion toma al hombre en sus brazos desde que nace; fortifica sus limitadas fuerzas; lo acompaña con amor y lo sostiene en las asechanzas de la pasión, elevándolo

Octubre 23 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

contra el egoísmo por la caridad, dominando sus apetitos brutales por la templanza; lo lleva, como de la mano, haciéndolo ascender cada vez más, á la montaña de la vida, sin retroceder de los caminos espinosos, y separa su vista del suelo, que lo lastima, para levantarla hacia el cielo, donde está el infinito, de donde procede y á donde debe encaminarse hasta la consumación de los siglos. ¿Para qué? Para la perfección, cada vez mayor, de la naturaleza humana en todas sus potencias y en todos sus esferas, para la realización, alguna vez, del ideal de la aproximación y el estrechamiento por un abrazo universal, perpétuo y permanente, entre el espíritu contingente de lo finito y el espíritu resplandeciente, inmenso y eterno del ser de donde venimos y á donde vamos los individuos, las familias, los pueblos y las naciones!

He dicho.

—Aplausos y aclamaciones en las bancas de los diputados.—Grandes manifestaciones de aplausos en las galerías.

**Sr. Olmedo**—Pido la palabra.

Me parece que la cuestión que se debate en el parlamento argentino es una cuestión ganada en todos los pueblos civilizados, en el sentido del proyecto que está en discusión.

Creo, por otra parte, que el debate en este parlamento ha asumido proporciones que honran al país y á la cuestión misma; pero que ha llegado á su límite, á lo menos en lo fundamental.

Es por esta razón que me voy á permitir hacer moción para cerrar el debate y pedir

á la cámara que vote la moción que hago, á fin de que la votación sea nominal.

Esto proporcionará la ocasión á los que no hemos tenido la suerte de tomar participación en este debate, de afirmar con nuestro voto nominal la fe de nuestras convicciones.

—Aprobado.

—Se cierra el debate.

—Votada la moción para que la votación sea nominal, se aprueba

—Se procede en consecuencia, á practicar nominalmente la votación en general del proyecto en discusión, y votan:

Por la afirmativa, los señores: Posse, Civit, Espinosa, Morán, Sarmiento, Alba Carreras, Lopez, Cabeza, Ramos Mejia, Zeballos, Zorrilla, Bustillo, Castro, Fernandez, Cáceres, Soler, Olmos, Calderon, Albarracin, Arias, Berdia, Augier, Meyer, Villagra, Riquelme, Escalante, Pellegrini, Dominguez, Basualdo, Molina, Carballido, Torres, Videla, Carbonell, Ruiz, Barraza, Bruchmann, Pino, Gonzalez, Malbran, Mallea, Parera, Colombres, Campillo, Olmedo, Varela, Ortiz Garcia y Arias (J. I.)

Por la negativa, los señores: Goyna, Estrada, Figueroa y Huidobro.

—Resulta aprobado el proyecto por cuarenta y ocho votos contra cuatro.

**Sr. Presidente**—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.